

Pecado Original

María Elena Olivera

Los gusanos bullían dentro de la manzana, la devoraban y se revolcaban en ella. Eva los miraba por la ventana abierta a mordiscos. Herida, hecha ovillo sobre las hojas secas, de vez en vez, apenas con el rabillo del ojo, volvía la vista hacia el paraíso y entonces le corría el rencor húmedo por el rostro.

La sentencia aún resonaba implacable y eterna. La voz potente inundaba el recuerdo: "Multiplicaré en gran manera los dolores de tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos, tu voluntad quedará sujeta a tu marido y él se enseñoreará de ti".

Eva se tocaba el vientre que iniciaba el castigo, mientras las palabras le seguían punzando la memoria: "Por cuanto obedeciste a la mujer, maldita será la tierra, con dolor comerás de ella todos los días de tu vida".

Había nacido libre, sin más origen que el que le contaron. Pero al igual que Adán, no lo recordaba.

Como otros días, mientras el hombre dormía sobre la hierba, el cosquilleo que le producía la curiosidad y el placer del goce pleno de los sentidos, la impulsaron hacia los misterios de la naturaleza.

Con las caricias de la brisa quiso volar como ave, recorrer la existencia del viento; desde lo alto distinguió los destellos de un arroyo. Bajó a beber, lo saboreó tan dulce y fresco que para sentirlo se imaginó guijarro; escuchó su melodía y deseó ser agua para cantar también; viajó por su destino hasta que intrigada, se infiltró por los laberintos de la tierra; esparció el salitre, descubrió los secretos de las profundidades, del submundo. En su éxtasis se topó de pronto con las raíces de un árbol distinto.

Salió de su sueño para observar de cerca el manzano. Lo palpó lentamente y no resistió la tentación de subir en él. Amó su verde de hojas sencillas, sus flores blancas, perfumadas; su copa irregular permitía que al son del aire se infiltraran los rayos del sol, a veces por un espacio, a veces por otro, en una suerte de caleidoscopio: figuras de nube, luego de peces, después de... ¿sierpe?...

Pero cuando vio frente a sí el fruto, se sorprendió. Desde abajo nadie podía advertirlo, mas desde la espesura era obvia la imperfección. Risueña por el hallazgo, se estiró, apresó la poma y la jaló hasta que la rama se la cedió.

Bajó del árbol y corrió, entre juegos, a buscar al hombre. Se columpiaba de algunas ramas, tiraba la manzana al cielo, la atrapaba, y reía al crujir la hojarasca bajo sus pies.

Adán dormía aún. Ella lo despertó con un beso. El se sobresaltó mientras la joven festejaba su travesura bailando. Se acercó luego, le mostró la fruta y le habló de sus proezas.

La voz se dejó escuchar con toda su furia. Eva reía e intentaba explicar su descubrimiento. La intensidad de aquel sonido grave y profundo apagó sus palabras; pero que más daba, él lo sabía todo, la reprimenda era de seguro una broma.

La espada flamígera se paseó entonces sobre ellos amenazando con matar la risa; Eva cambió el semblante. La cosa era seria. Entonces se le abrieron los ojos.

Se sentía engañada, humillada. ¿Cómo revelarse al dueño de la historia? ¿A quién gritarle la injusticia divina?

Los gusanos acababan poco a poco con la evidencia. Eran los únicos testigos, ¡pero tan mudos! La abertura hecha muchos días antes, era ahora escaparate de la podredumbre, porque antes de que la cortara, la manzana ya estaba mordida.

